

En este fuerte terremoto nadie quiere estar afuera

En este fuerte terremoto nadie quiere estar afuera,
nadie se cuida de las réplicas en la seguridad
de una zona sin muros, despejada y cubierta de estrellas.
La calle pesa sobre los hombros de los damnificados.

Se despiden de sus ancianos, les desgarran el alma, y salen.
Andan sobre las aceras, como errantes, viajan por horas
con el Jesús en la boca, se persignan cada que pueden.
Van a chingarle en el puesto, a ganarse un día más de vida
bajo el techo que se cimbra, ese techo sin pared, sin muros.

Los damnificados se queman por el sol. No están en casa,
no la tienen, porque se les cayó encima en el terremoto.
cargan mesas, sillas, que pesan sobre sus espaldas frías.
Ahí habitan, entre los escombros del terremoto viven
aferrados a la única promesa que se hacen entre ellos;
regresar con el pan y la tortilla que han de calentar
en el fierro oxidado y retorcido de un viejo comal.

Ellos y ellas no lo perdieron todo en este terremoto,
ya poco tenían cuando pasó, ese poco era la vida,
y vuelven a salir, ¿de dónde?, aún no lo sé, pero salen,
con una canasta bajo el brazo, sonríen, nada pierden.
¿La vida? No, la vida la ponen en juego cada día.

Ellos, los damnificados, habitan en el epicentro,
se aferran a las paredes sin muros para no caer,
pero esta vez no hay cadenas humanas que quite las piedras,
no hay jóvenes intrépidos descendiendo en la oscuridad,
no hay despensas, no hay cobijas, no hay solidaridad para ellos.
Porque ellos, están bajo los escombros, sucios y enterrados,
muy abajo de la loza, no se escuchan: nadie los busca.

¿Dónde está el México estoico ante los fuertes terremotos?
¿Dónde están, hombres y mujeres, con el puño levantado?
No más silencio, no más olvido, no más indiferencia.
Nos necesitan, seamos el México estoico de nuevo.